

Crítica del suplemento literario del prestigioso diario alemán *Süddeutsche Zeitung* sobre *El verano del lucio*:

“Era uno de esos veranos que no terminaban nunca. Y nadie entonces hubiera creído que iba ser nuestro último verano”. Con estas frases, comienza la nueva novela de Jutta Richter y, en ellas, ya se puede sentir la tensión, se hace palpable la contradicción, que Anna y sus amigos la hacen tan inolvidable: Los veranos así, que no terminan. Suena a sal y felicidad, a aventura y amistad. Sin embargo, ya en la segunda frase, la autora señala hacia el peligro que se extiende sobre los intensos calores y la veraniega luz. Son tres, Anna y los hermanos Daniel y Lukas, los que nos narran la historia. “los hijos de los campesinos no jugaban con nosotros porque éramos “niños del castillo” y a los niños de la aldea no les caíamos bien porque los hijos de los campesinos no se metían con nosotros”. Como pasatiempo del verano, han elegido la pesca en los fosos, llenos de agua, del castillo, en el que la madre de Anna vive como empleada del administrador. Daniel quiere capturar al misterioso lucio que, a veces, emerge desde las “negras, impenetrables profundidades del agua”. También aquí, el doble sentido, la ambivalencia de los sentimientos, pues, en realidad, a Anna no le gusta el juego, le da pena el pez. “Los peces ni siquiera pueden gritar”, pero se deja contagiar por la pasión de los chicos, “incluso a mí me ha atrapado esa extraña fiebre”. Sin embargo, en secreto, desea que no cojan al lucio únicamente para matarlo a golpes, hasta que comprende que la lucha contra el lucio se ha convertido para Daniel en un símbolo, en un elemento mágico, determinante de todo en ese verano. En una de las escenas más densas de la narración, Daniel le dice por primera vez lo que todos saben y de lo que nadie habla abiertamente: Que su madre tiene cáncer, que probablemente se morirá. “¡Puedes olvidarte de los milagros, también de los ángeles de la guarda! ¡Todo eso es caca de bebé! Pero yo creo en algo: “¡Yo creo en el lucio! Yo creo que si lo capturo, mi madre se pondrá bien de nuevo”. Jutta Richter no cuenta lo que para Daniel y su hermano significa que ellos pierdan la apuesta. Únicamente, la forma conjuntiva de la última frase deja intuir las dimensiones de la tragedia: “Todo era como siempre, como si no hubiera sucedido nada.”

Se podría definir como osadía el contar hoy a los niños una historia donde todo gira, ante todo, sobre los grandes sentimientos como son la despedida y el duelo, la amistad y la tristeza. Pero, sin que el sentimentalismo tenga cabida en ella, si Jutta Richter nos cuenta, con su lenguaje, ameno y claro, una historia como ésta, entonces se convierte en una pequeña obra de arte. Conmocionada, una deja este pequeño libro a un lado y desea que encuentre muchos lectores. Por los lectores de esta prosa densa y poética, que busca quién pueda hacerla sombra en la literatura juvenil alemana, y, por lo que no se podrá elogiar suficientemente a la autora, porque enriquece por igual, tanto a lectores adolescentes como a lectores adultos.” (*Hilda Elisabeth Menzel*)